PEDAGOGÍA Y NOVELA EN LA EDAD DE PLATA

Fermín Ezpeleta Aguilar
Universidad de Zaragoza

Un periodo pedagogizado

El proceso de ahondamiento intelectual que encontramos en la novelística de las generaciones del 98 y del 14, con el precedente de la generación anterior de Galdós, da como resultado obras que exploran las claves educativas de los autores y aun generales de todo el país. Puede decirse que en el periodo conocido como Edad de Plata (Mainer, 1981) la pedagogía informa enteros proyectos literarios, por lo que algún crítico ha podido hablar de «pedagogización de la novela» (Larrosa, 1996: 393-420). Saltan a la vista dos grupos de novelas en los que se produce este fenómeno. Por una parte, aquellas narraciones en las que el personaje principal, entregado a la aventura de la construcción personal, se sirve de la ayuda del pedagogo o profesor filósofo para encontrar sentido a su vida (Ezpeleta, 2006: 161-198). Por otro lado, el componente religioso inherente a la aventura intelectual de los personajes da ocasión a que los autores, en otro segundo grupo de novelas, diseccionen el funcionamiento de los establecimientos docentes de internado, en los que ellos mismos han cursado estudios primarios y secundarios (Ezpeleta, 2006: 89-124).

En el primer caso, el profesor se convierte en personaje principal de unas cuantas obras maestras del periodo. En ellas la acción educativa se sale del marco escolar convencional para practicar una pedagogía alternativa a la institucional, buscando el cuerpo a cuerpo con el aprendiz. En el segundo caso, vamos a observar una abundante producción de novelas en las que la enseñanza se sitúa en un internado. El profesor-clérigo aparece ahora formando parte de un bloque oponente en el que se integran los otros profesores del claustro. Estas novelas presentan un distinto grado coercitivo sobre el escolar principal, según sea la institución religiosa que gobierna el centro docente, con una divisoria entre colegios jesuitas y seminarios, por un lado, frente a otras órdenes como

escolapios, agustinos o sagrados corazones, observadas por los escritores con mayor benevolencia.

Como es natural, todos estos autores van a servirse, para la formalización de sus obras, de las grandes tipologías novelísticas específicas que la literatura ha troquelado históricamente para verter ideario educativo. Particularmente, dos modalidades en las que lo pedagógico es principio y motor de la ideación literaria: la novela pedagógica, también llamada novela de instrucción (*Tendezroman* o *Erziehungsroman*) cuyo paradigma es *Telémaco* (1699) de Fénelon, y la novela de formación (*Bildungsroman*), que tiene como modelo *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796) de Goethe. En la novela de instrucción se traslada un programa compacto a cargo de un profesor, que conforma con el discípulo una «pareja pedagógica» (Granderoute, 1985). En la novela de formación importa sobre todo el proceso de autoconocimiento del protagonista, que recibe estímulos formativos de distinta procedencia a lo largo de su itinerario, de tal suerte que el profesor es tan solo una de esas instancias educadoras.

Los escritores que se acogen a la primera de esas modalidades narrativas subvierten la vieja estructura rígida del modelo, coincidente con el de la novela de tesis, para socavar la autoridad profesoral; y los que se acogen a la segunda, igualmente, transforman el esquema formativo en antiformativo, al presentar propuestas anticlericales en las que el conjunto de profesores de los claustros es visto como un bloque que trabaja por la antieducación del personaje adolescente. No pocas veces, este se convierte en narrador de su aventura escolar, con lo que el formato narrativo puede derivar en ocasiones hacia estructuras de novelas de artista. Es decir, el escolar se refugia en la creación literaria para exorcizar las nocivas influencias recibidas por parte de la autoridad académica.

Novelas con «pareja pedagógica»

Uno de los emblemas de la novela moderna es, precisamente, la figura del pedagogo o filósofo educador como vehículo de transmisión de una manera de ver el mundo en momentos de crisis. La frontera entre el personaje *prenietzscheano* y el *nietzscheano* marca precisamente lo que la crítica entiende como ruptura de la novela tradicional. El filósofo educador en su primera etapa se muestra rígido, ubicuo, definido de forma apriorística y seguro de la bondad de su mensaje. Aquí se sitúan los educadores de las novelas realistas de tesis y, en general, los profesores regeneradores como Justo de Valdediós de Joaquín Costa o, incluso, el Máximo Manso galdosiano, a pesar de que este último presente una cierta ambigüedad que lo acerca al perfil del personaje moderno. Este catedrático de

instituto de *El amigo Manso* (1882) sale del ámbito institucional para verificar el fracaso educativo de las teorías educativas krausistas. Y todo ello en una novela que contiene elementos formales que apuntan a la modernidad del género. *Pío Cid* (1898) de Ganivet se sitúa ya como avanzadilla del personaje escindido moderno que cristaliza después en los pedagogos «nietzscheanos» que tratan de asimilar a duras penas la crisis filosófica e ideológica de los nuevos tiempos. Los pedagogos de esta primera etapa son muchas veces emanaciones de las concepciones de la vida en clave krausista.

Los de la segunda etapa, aunque puedan tener alguna conexión con la doctrina del racionalismo armónico, reproducen en sus diálogos con los personajes discentes tesis filosóficas de Schopenhauer o de Nietzsche y pretenden, en todo caso, poner en cuestión concepciones del mundo superadas. Este nuevo héroe intelectual corre paralelo al peregrinaje del ser humano débil e inseguro de la contemporaneidad, hasta confundirse no pocas veces con él (Jarnés); sólo en ocasiones excepcionales (D´Ors) mantienen intacta su autoridad profesoral. Las novelas de 1902 de Unamuno y Azorín señalan el camino que ha de roturar este nuevo héroe, y en ellas el discurso pedagógico se transmite a través de voces (Yuste, Lasalde, Don Avito Carrascal, Don Fulgencio Entrambosmares) que revelan un resquebrajamiento importante de la autoridad profesoral.

En *La voluntad* (1902) se pone de manifiesto con más claridad que en *Amor y pedagogía* (1902) la invocación a Nietzsche y a Schopenhauer, una vez superados los modelos pedagógicos de Rousseau o de Goethe; y en todo caso nunca se desciende a la glosa de las disciplinas académicas convencionales, aunque al final de la novela se contrasten diferentes modelos europeos para ponderar la enseñanza para la vida por encima de la enseñanza para el examen. La novela azoriniana queda contextualizada, además, por algunas reflexiones teóricas en forma de artículos periodísticos de contenido pedagógico firmados por el autor en esas mismas fechas.

Todavía más impregnada de pedagogía está la novela de Unamuno, quien se muestra en ella como un *Excitator Hispaniae* que en esos momentos lanza su razón pedagógica a través de distintas vías: su práctica profesional, sus conferencias y sus obras literarias. Así, *Amor y pedagogía* filtra entre líneas un mensaje que apela al tratamiento personalizado del alumno y reprueba la enseñanza sistemática que, tal como se practica en España, se torna antieducativa. Por debajo de la textura moderna se percibe aquí, con humor o ironía, la impugnación de metodologías escolásticas, o incluso podrían entresacarse posibles intertextos cotrahechos de los teóricos del krausismo. De modo que Unamuno presenta una rica reflexión pedagógica, puesta de relieve en los distintos niveles

narrativos y en la anécdota que hilvana el tema, descendiendo incluso a la plasmación de escenas docentes de materias académicas de dibujo o de literatura.

Los ecos de las novelas de 1902 alcanzan a los escritores de la generación siguiente, alguno de los cuales da relevancia a la figura del maestro filósofo o a otra suerte de modulación profesoral. Así, Wenceslao Fernández Flórez insiste en alguna novela en contrahacer a este personaje yendo a veces, en cuanto a la intención deformadora, más allá que sus antecesores. En *Silencio* (1918) aprovecha el modelo de aprendizaje antiformativo para convertir al protagonista en personaje principal docente, con resultado de fiasco moral. En este caso no se trata de un profesor filósofo, sino de un principiante profesor de retórica en un colegio. Un escritor como D´Ors tampoco se sustrae a la ideación de la figura del profesor filósofo. En su novela corta *Magín. La previsión o la novedad* (1926), incluida en el ciclo *El Jardín Botánico*, se glosa una tesis filosófica a cargo de la voz del narrador, maestro, convertido en alter ego del autor. Ahora se impugna la teoría filosófica del intuicionismo de Bergson, duramente fustigada por la voz magisterial. Si Unamuno en *Amor y pedagogía* ridiculizaba el «exceso de previsión» (cientifismo), D´Ors reprueba el exceso de falta de previsión.

Sin duda ninguna, la novelística de Benjamín Jarnés representa un corpus cosido en torno a la actuación de la figura del profesor, convertido en personaje principal. Se trata, igualmente, de un alter ego del autor que invoca una educación vitalista en la línea filosófica de Schiller, pero que aprovecha aspectos de otros grandes pensadores educadores, como Goethe. Prosigue por el camino del antiacademicismo, sin desaprovechar los materiales lingüísticos que remiten a lo académico. Dominador de la nueva metáfora prescrita por Ortega, acuña una suerte de «metáfora academicista» que se hace sistemática en su producción desde *El profesor inútil* (1926, 1934), con un héroe innominado, profesor particular que disuelve su enseñanza académica ocasional en deseo erótico; pasando por un héroe afín al anterior, presentado como opositor número 7, en *Escenas junto a la muerte* (1931), testigo de la angustia existencial del momento, pero con invocación final al sensualismo; y desembocando en el profesor de *Eufrosina y la Gracia* (1938, 1948), con devolución del prestigio profesoral que había sido dilapidado en las anteriores novelas.

Como los profesores-filósofos de las novelas de los otros autores predecesores, el de Jarnés es también un «pedagogo en mangas de camisa» quien, en su empeño educativo, disuelve las enseñanzas de las disciplinas académicas (arte, literatura, matemáticas, gramática) en erotismo. De igual forma que los profesores literarios de aquellos escritores (Manso, Pío Cid, Don Fulgencio), mantiene su condición de héroe novelesco, aunque su autoridad pueda debilitarse

y propenda a convertirse en profesor-discente que señala, en un proceso de autoanálisis, los hitos de su propio camino formativo.

En definitiva, estas grandes novelas muestran cómo el subgénero de la novela pedagógica, al que en un principio parecen acogerse sus autores, salta por los aires para trocarse en novela de autoformación lírica, de modo que el peregrinaje educativo focaliza el tercer estadio de la novela de formación en el que el sujeto realiza una síntesis reflexiva a propósito del conocimiento ganado. Es decir, se evidencia la dificultad de la pervivencia del esquema rígido de la novela pedagógica y la propensión a disolver las primigenias estructuras basadas en el esquema de la «pareja pedagógica» en el *Bildungsroman* del siglo XX —a lo Musil o Mann—, servido en forma de novela lírica.

De ahí que los novelistas se sirvan de la *intelectualización* y de la metaficción —en germen ya en el viejo *Bildungsroman* alemán— para la construcción de estas obras, que son artefactos de indagación filosófica sobre la naturaleza del hombre. En este sentido, títulos como *El amigo Manso*, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, *La voluntad*, *Amor y pedagogía*, o *El profesor inútil* (y las otras narraciones jarnesianas) forman una red textual ahormada por una nueva manera de hacer novela que interpela al receptor mediante el artificio de un diseño editorial llamativo. Estas obras propenden al ensayismo, se sirven de técnicas como el monólogo interior y bordean la zona de la novela autobiográfica; y, sin embargo, la matriz del diálogo pedagógico —que remite al género dialogal clásico y a la novela pedagógica— no se quiere perder nunca. Por otro lado, no es difícil percibir conexiones textuales de alguna de estas novelas con narraciones de asunto profesoral debidas a otros escritores europeos, como ocurre en *El crimen de Silvestre Bonnnard* (1881) de Anatole France con *El amigo Manso*; o en *El discípulo* (1889) de Bourget con *Amor y pedagogía* e, incluso, con *La voluntad*. Se trata siempre de novelas que se sirven de la figura profesoral para señalar el cambio de rumbo de la narrativa.

Novelas de internado

Las novelas de internado religioso aportan a la serie literaria española un número tan significativo de ejemplos que, analizadas en su conjunto, orientan esta parcela textual hacia la conformación de una subespecie narrativa con marcas comunes. La primera etapa responde al estímulo del naturalismo radical, con ejemplos de escritores representativos como Alejandro Sawa y José Zahonero, los cuales muestran en sus textos los entresijos del su *modus operandi*, a la vez que esbozan las primeras radiografías de los modos educativos en internados,

bajo la responsabilidad de órdenes religiosas que encomiendan a sus profesores-clérigos tareas educadoras, normalmente en el tramo escolar de la edad adolescente. El protagonista es un «catecúmeno» que cursa los primeros años de bachillerato, sea dentro de un seminario o en otro internado bajo la advocación de una orden religiosa, caracterizada siempre por su ferocidad y por la inadecuación de sus maneras pedagógicas. Constituyen muestras nítidas la novela de Sawa, *Criadero de curas* (1888), en espacio de seminario, y, parcialmente, la de Zahonero, *Barrabás* (1890), en un colegio lazarista. En esta misma época se produce cierta efervescencia de literatura antijesuítica, alguno de cuyos ejemplos presenta rasgos comunes a los de estos novelistas naturalistas radicales —*Jesús* (1898) de Dionisio Pérez Gutiérrez—.

La etapa dorada del subgénero se alcanza con los novelistas intelectuales, en torno a la generación del 14, con producciones de alta calidad en las que los escritores, al hilo de la revisión de sus experiencias autobiográficas, analizan desde supuestos pedagógicos las claves culturales del país. Las obras de contenido jesuítico integran una serie que arranca en la novela de Miró, *Los amores de Antón Hernando* (1909), con definitiva reformulación posterior en *Niño y grande* (1922); tiene su epicentro en *A.M.D.G.* (1910) de Pérez de Ayala y se complementa con las novelas de Oleza del propio Miró (1921 y 1926). Como secuelas del subgénero pueden considerarse dos novelas que, desde perspectivas contrapuestas, se insertan en el caldo de cultivo de la polémica, del que en definitiva también surgen las narraciones de esta modalidad literaria. Se trata de *Mirando a Loyola* (1913) de Julio Cejador y *Los caballeros de Loyola* (1929) de Rafael Pérez y Pérez, situada esta última en época de decadencia del subgénero.

No cabe duda de que el grueso de estas producciones está impregnado del anticlericalismo proclamado y defendido por buena parte de los autores del momento. Tal actitud incide especialmente en la disección de los modos de actuar de la orden de la Ratio Studiorum, pero muchas veces, por encima de ese estado de ánimo, cobra importancia la propia sustancia pedagógica con la que se conforman los contenidos. En este sentido, el novelista repasa el día a día del aula y señala las deficiencias metodológicas que subyacen en los modos hoscos de los clérigos. Es sistemática la orientación del discurso hacia la coerción que ejercen sobre los escolares los profesores mediante castigos brutales que empujan al discente hacia la aniquilación definitiva, en el caso de las novelas naturalistas, o hacia la fuerte mutilación parcial, en estos textos de las primeras décadas del XX. Lo pedagógico se ilustra a través de la actividad docente jalonada en los distintos hitos que se repiten en las novelas: el primer día de clase, los

ejercicios espirituales, los paseos y salidas, el reparto de dignidades; o las clases de las distintas materias, entre las que destaca a veces la Retórica y Literatura.

Los seminarios constituyen otros espacios parecidos a los internados jesuitas. Como prolongación de la novela de Sawa, se sitúa en etapa de plenitud del subgénero *Mario en el foso de los leones* (1925), de Federico Carlos Sainz de Robles, y *El convidado de papel* (1928), de Benjamín Jarnés, novela esta de más calidad que la anterior. En ambos casos se insiste en la reprobación de los viejos modos didácticos mediante la activación de las capacidades de autoanálisis que despliega el protagonista, aunque la voz autobiográfica pueda subordinarse a un narrador en tercera persona.

El resto de las órdenes religiosas, con menor representación, también tiene presencia. En *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), de Azorín, se recrean en forma de memorias los momentos infantiles atrapados por un narrador adulto que rememora. La mirada sobre la labor educativa de las Escuelas Pías es aquí ambivalente: aunque se reprueban algunas prácticas, se salvan otras. En *Las confesiones de un pequeño filósofo* se encuentra el referente expreso invocado por Sánchez Mazas para la composición de *Pequeñas memorias de Tarín* (1915); novela en la que, como ocurría con la de Azorín, lo escolar se entremezcla con otras experiencias formativas extraacadémicas. El muchacho protagonista no juzga negativa la enseñanza recibida en el colegio de los Sagrados Corazones; al contrario, supone para él un componente más que, sumado a las influencias familiares y sentimentales, contribuye a modelarlo como un ser normal y corriente. El autor, que mucho más tarde insiste en la modalidad de memorias de colegios religiosos en *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), se acoge al espíritu ideológico templado de *Las confesiones* azorinianas para separarse, todavía más que el alicantino, de la actitud anticlerical de las novelas antijesuíticas de Miró o de Pérez de Ayala.

El jardín de los frailes (1927) de Azaña no focaliza estrictamente la edad escolar del adolescente bachiller, sino un primer curso de preparatorio de la universidad privada de los padres agustinos de El Escorial. Aquí el escolar tiene superioridad intelectual sobre los compañeros de otras novelas, por lo que puede afinar más el intelecto en el ejercicio de rememoración. Desmonta, eso sí, el falseamiento de una manera determinada de entender la educación, pero imputa a los religiosos agustinos más ignorancia que mala fe, por más que el autor ofrezca un conjunto de estampas colegiales geniales en las que se satiriza ferozmente la práctica docente. Es decir, estas otras órdenes que gobiernan los colegios salen mejor paradas que los jesuitas o que los seminarios, a pesar de

que a veces estén impregnadas también de una cierta actitud anticlerical propia del ambiente cultural.

En general, el grupo de novelas de internado configura un personaje principal adolescente inmerso de golpe en un establecimiento docente visto como una cárcel. Su condición de interno, en un ambiente opresivo característico, tiene consecuencias sobre el devenir de ese personaje, que se homologa con el héroe del *Bildungsroman* —en este caso anti-*Bildungsroman*—. El personaje profesor, a diferencia del otro grupo de novelas en las que actuaba como protagonista, es ahora un oponente (excepcionalmente, coadyuvante) que entra en contacto directo con el joven para influir o condicionar su progresión formativa. El conjunto de profesores de la institución conforma un bloque que empuja a la figura principal hacia la desintegración o hacia el ensimismamiento que afina el intelecto y la sensibilidad.

El fuerte contenido pedagógico de estas novelas hace que no se abandone del todo la tesis —hay alguna conexión de estas obras con la novela de tesis religiosa del XIX— y que se bordee la zona del ensayismo —en *El jardín de los frailes* resulta evidente—. Por eso, podría extraerse un cuerpo doctrinal perfectamente sistematizado, dado el número de títulos y la insistencia en diferentes aspectos de la práctica docente. Sin embargo, salvo algunos casos, no son fundamentalmente novelas de tesis pedagógica, sino que se sitúan en una senda de modernización del género, acomodado a las estructuras flexibles de la novela intelectual o novela de autoformación lírica.

Mientras que la producción naturalista se decanta hacia formas de anti-*Bildugnsroman* en las que la muerte del protagonista subvierte la virtualidad del subgénero —en la novela de formación clásica el adolescente no podía morir—; en la etapa posterior, los sufrimientos y dificultades se orientan a la conformación de novelas de artista con un protagonista que encuentra alguna salida a su situación límite. Se hace poeta o escritor y puede, además, justificar la condición de narrador de su historia escolar. No es fácil, sin embargo, percibir intertextualidades entre las novelas europeas y las españolas. Por ejemplo, *El retrato del artista adolescente* de Joyce es posterior a *A.M.D.G.*; no así la novela equiparable de Musil, *Las tribulaciones del joven Törless*. No obstante, hay un cierto humus literario europeo que explica la aparición de algunos motivos recurrentes, tanto temáticos como de nuevas estructuras narrativas.

Conclusión

El subgénero de la novela pedagógica, caracterizado por la presencia del profesor que adoctrina a un alumno, aparece en la serie literaria española del periodo de la Edad de Plata sometido a un proceso de quiebra, cuando no de demolición. Aun así, se conforma una red rica de novelas (*El amigo Manso*, *Amor y pedagogía*, *La voluntad*, *El profesor inútil*, *Escenas junto a la muerte*) en la que, paradójicamente, se conservan las huellas de la «pareja pedagógica», a la vez que se flexibiliza como nunca el género narrativo. No es difícil percibir conexiones textuales de alguna de estas novelas con narraciones de asunto profesoral debidas a otros escritores europeos, como ocurre con *El crimen de Silvestre Bonnard* de Anatole France y *El amigo Manso*, o con *El discípulo* de Bourget y *Amor y pedagogía* o incluso con *La voluntad*. Los autores se sirven de la figura profesoral para señalar, precisamente, el cambio de rumbo de la narrativa.

El extraordinario rendimiento del *Bildungsroman*, en su versión negativa o anti-*Bildungsroman*, se pone ya de manifiesto en la novela naturalista radical, alguna de cuyas producciones (*Criadero de curas* de Sawa, *Barrabás* de Zahonero, *Jesús* de Dionisio Pérez) atestigua que la novelística de internados de los Miró, Pérez de Ayala o Azaña bebe directamente de fuente española, aunque contenga similitudes con otras narraciones europeas en función de características generacionales comunes. Estas novelas forman una agrupación tan compacta, con marcas literarias comunes, que puede generar respuestas que ironizan sobre el propio modelo. Dentro de este grupo no es difícil percibir diálogos entre las novelas. Así, *Tarín*, de Sánchez Mazas, se acoge expresamente a la fórmula azoriniana de *Las confesiones de un pequeño filósofo*; Rafael Pérez y Pérez se alza contra Miró y Pérez de Ayala; y Cejador se siente impelido a rematar el trabajo que su discípulo ha hecho en *A.M.D.G*. Dos novelas de seminario concebidas en la misma fecha de 1924, como *El convidado de papel* de Jarnés y *Mario en el foso de los leones* de Sainz de Robles, pueden leerse, en fin, de forma complementaria.

Referencias bibliográficas

Azaña, Manuel, *El jardín de los frailes*, Madrid: Alianza Editorial, 1981.

Azorín (José Martínez Ruiz), *La voluntad*, ed. María Martínez del Portal, Madrid: Cátedra, 1997.

—, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, ed. José María Martínez Cachero, Madrid: Espasa-Calpe, 1994.

Cejador, Julio, *Mirando a Loyola. El alma de la Compañía de Jesús*, Madrid: Renacimiento, 1913.
Costa, Joaquín, *Justo de Valdediós* (borrador fragmentario), en Sánchez Vidal, Agustín, *Las novelas de Joaquín Costa*, *1: Justo de Valdediós*, Zaragoza: Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981.
D'Ors, Eugenio, *Magín. La previsión y la novedad*, Barcelona: Tusquets, 1985.
Ezpeleta, Fermín, *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939),* Madrid: Biblioteca Nueva, 2006.
Fernández Flórez, Wenceslao, *Silencio*. *Obras Completas. I*, Madrid: Aguilar, 1954.
Ganivet, Ángel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, ed. Laura Rivkin, Madrid: Cátedra, 1983.
Granderoute, Robert, *Le roman pédagogique de Fénelon a Rousseau*, Genéve: Slatkine, 1985.
Jarnés, Benjamín, *El profesor inútil*, ed. Domingo Ródenas, Madrid: Espasa-Calpe, 1999.
—, *El convidado de papel*, ed. José-Carlos Mainer, Zaragoza: Guara Editorial, 1979.
—, *Eufrosina o la Gracia*, Barcelona: José Janés, 1948.
—, *Escenas junto a la muerte*, Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona: Editorial Laertes, 1996.
Mainer, José-Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso de cultura*, Madrid: Cátedra, 1981.
Miró, Gabriel, *El obispo leproso*, ed. Manuel Ruiz Funes, Madrid: Cátedra, 1989.
—, *Nuestro Padre San Daniel*, ed. Manuel Ruiz Funes, Madrid: Cátedra, 1988.
—, *Los amores de Antón Hernando*; y *Niño y grande*, ed. Carlos Ruiz Silva, Madrid: Castalia, 1987.
Pérez, Dionisio, *Jesús (Memorias de un jesuita novicio)*, Madrid: Editorial Pueyo, 1932.
Pérez de Ayala, Ramón, *A.M.D.G.*, ed. Andrés Amorós, Madrid: Cátedra, 1995.
Pérez Galdós, Benito, *El amigo Manso*, ed. Francisco Caudet, Madrid: Cátedra, 2001.
Pérez y Pérez, Rafael, *Los caballeros de Loyola*, Barcelona: Juventud, 1934.
Sáinz de Robles, Federico Carlos, *Mario en el foso de los leones (Novelerías)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1925.

Sánchez Mazas, Rafael, *Pequeñas memorias de Tarín*, Barcelona: Península, 2005.

Sawa, Alejandro, *Criadero de curas*, ed. Francisco Gutiérrez Carbajo, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1999.

Unamuno, Miguel de, *Amor y pedagogía*, ed. Bénédicte Vauthier, Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.

Zahonero, José, *Barrabás*, Madrid: La España Editorial, 1890.